

**DE MAX WEBER
A LA TEORÍA
DE LA
POSMODERNIDAD:
LECTURA DEL
VITALISMO
SOCIAL
DE LOS PAÍSES
EMERGENTES.**

Por Dr. Rafael Arriaga Martínez.



Fotografía: Esau Laniado

De acuerdo a Michel Maffesoli, la historia humana ha sido afectada por un proceso de racionalización y desencanto del mundo. Se trata de un proceso que empieza a tocar fondo como consecuencia del agotamiento del racionalismo y la crisis espiritual que lo acompaña. ¿Acaso no es sorprendente constatar tales procesos cuando que Max Weber por su parte establece en muchas de sus obras (Weber, 1967, 1995, 2000) una relación de causa a efecto entre racionalismo y desarrollo económico? Todavía más aun, ¿cómo explicar el despegue, fulgurante en algunos casos, de las economías llamadas emergentes, cuando que su desarrollo no se fundamenta en el individualismo, ver en el racionalismo, como lo observa Maffesoli? (2000:58). A tales preguntas trataremos de responder demostrando 1) por un lado la viabilidad de una explicación apoyada en la teoría de la posmodernidad de Michel Maffesoli y la teoría de la racionalidad de Max Weber, 2) por la otro, la existencia de una relación de congruencia, o de no contradicción, entre ambas teorías y en particular entre los conceptos reunidos para tal propósito.

INTRODUCCIÓN.

El lector podrá observar que a través de las metáforas Michel Maffesoli trata de describir procesos conectados con la noción y el imaginario y no con los conceptos y la abstracción con el que opera el racionalismo y la ciencia positivista. Pero hay algo más. La metáfora describe procesos arquetipales que la ciencia positivista desprecia porque son inobservables. Inobservables o invisibles porque son procesos psíquicos que recorren el cuerpo colectivo de manera subterránea y afloran a través del símbolo, el mito y la imagen, del imaginario, para expresarlo en una sola palabra. Ese imaginario que gobierna el mundo de manera subterránea, enigmática (Maffesoli, 2009:27, 28). De allí la noción de centralidad subterránea. Es una cuestión de método y no de estilo o gusto literario. Maffesoli concibe pues un método que pueda describir eso que es invisible y que anima lo visible, eso que es espiritual y que encarna en lo material. Lo que aflora a la superficie, tal cual un ideograma, es un inconsciente arquetipal con el que todos y cada uno comulga. El signo se convierte en símbolo, y hace surgir el otro lado, lo inmaterial de las cosas. (Maffesoli, 2009:40). Se trata, en última instancia de integrar la imagen a la descripción de los fenómenos sociales. Para ello es importante que los objetos de estudio se conciban de manera orgánica, que se aborden desde una perspectiva integral, que tome en cuenta la relación estrecha existente entre lo material y lo espiritual, la solidaridad comunitaria y la sensibilidad ecológica, el medio social y el medio natural (Maffesoli, 2011:20). Tenemos que reconocer que en el imaginario y el presenteismo existe "una impulsión vitalista que alía lo material y lo espiritual", observa el autor en su reencantamiento del mundo (2009:39).

Y como en el caso de cualquier otra metodología, Michel Maffesoli, fundamenta su enfoque en una epistemología que se nutre mucho de la sociología comprensiva de Max Weber. Se trata evidentemente de una lectura polémica, si tomamos en cuenta que hay autores como Raymond Boudon que no la comparten.

M. Maffesoli reconoce que la historia humana ha sido afectada por un proceso de racionalización y desencanto del mundo. Pero para él es un proceso que esta por culminar como consecuencia del agotamiento del racionalismo y la crisis espiritual que lo acompaña. Crisis espiritual porque para él la racionalización no es un proceso difuso, es decir, vivido como una elección sino como una imposición definida como la dominación absoluta de la razón (Cf. Maffesoli, 2009:14-16).

Pero ¿en virtud de qué mecanismo social u otro la racionalidad y el desencanto del mundo tendrían que dejar de dominar el mundo? Planteado de otra manera, ¿en virtud de qué mecanismo se pasa de una sociedad caracterizada por la modernidad y el desencanto del mundo a una sociedad en donde los signos de la posmodernidad y el reencanto del mundo son cada vez más unívocos? En virtud 1) de un efecto de saturación y por el hecho de que 2) la historia es un vaivén de ciclos que dominan largos periodos de la vida humana.



DE LA CIUDAD DE DIOS AL DESENCANTO DEL MUNDO O MECANISMOS DE SATURACIÓN.

Al recordar la noción de ética de responsabilidad y ética de convicción de Max Weber nos preguntamos si acaso estas no podrían ayudarnos a comprender o describir el tránsito de la modernidad a la posmodernidad como un efecto de saturación. Consideremos para empezar la ética de responsabilidad. A esta la da cuerpo los valores que promueve la modernidad. Porque es de carácter racional, en la medida que orienta toda actividad hacia un objetivo político y/o económico y porque, por esta misma razón, contribuye a estructurar la sociedad de manera vertical o en acuerdo a lo que Maffesoli define como la ley del padre. Recordemos que en el pasado, el objetivo dominante de la ética no era político o económico sino de naturaleza escatológica, en el sentido que, en lo ideal, todo esfuerzo humano debía orientarse hacia la construcción de la Ciudad de Dios. «El amor de Dios hasta el desprecio de si mismo» (San Agustín,

la cité de Dieu, XIV, XXVIII) debió marcar la ética de esa época. De allí la idea de la ley del padre, de un deber-ser pensado como el mejor medio para alcanzar a Dios y una vida mejor en el mas allá. Se trata de una aspiración basada en la idea general de que este mundo es imperfecto, malo y sin interés. La verdadera vida está en otro lado, no en este mundo (Maffesoli, 2010b:40, 46). Ya no es Dios que dicta el deber-ser, es cierto, pero es algo que ha pasado a formar parte del imaginario moderno¹, nos diría Maffesoli. Ya no es la teología la que orienta y le da sentido al pensamiento y el esfuerzo humano. Ahora es el Estado, único e indivisible, como Dios. Y a través de él y sus instituciones, las ideologías políticas y hasta la ciencia positivista. Hasta de Carlos Marx se inspiran las elites de hoy para ideologizar la noción del valor-trabajo que plantea en *El Capital* (Cf. Maffesoli, 2011:24). El dominio de sí mismo y de la naturaleza que resultan de ese deber-ser responden a ese gran imperativo que fue y sigue siendo, la construcción de la Ciudad de Dios de ayer

y la sociedad perfecta de hoy y de la que se nos sigue hablando a través de las grandes teorías de emancipación del siglo XIX (Maffesoli, 2010b:94). Y es precisamente de la canalización de las energías hacia ese fin que surge la figura emblemática del hombre adulto, serio, productor, responsable. Es en él que se encarna el poder vertical y se organiza la sociedad de manera vertical. Podríamos decir que es en todos estos elementos –ideas, valores, imágenes- que se fundamenta el imaginario de la modernidad, un imaginario decididamente vertical. Sería importante anotar la definición que hace Maffesoli del imaginario: “un conjunto de valores y de imágenes compartidas por una sociedad en un momento dado” (Maffesoli, 2010b:237). La puesta en valor de la ética de convicción, por su parte, debería actuar en el sentido contrario, por lo menos al margen de ese poder vertical representado por Dios, el Estado y sus cuerpos e instituciones establecidos. En efecto, al margen de la moral, la política o la económica cuya dirección racional es clara y evidente.

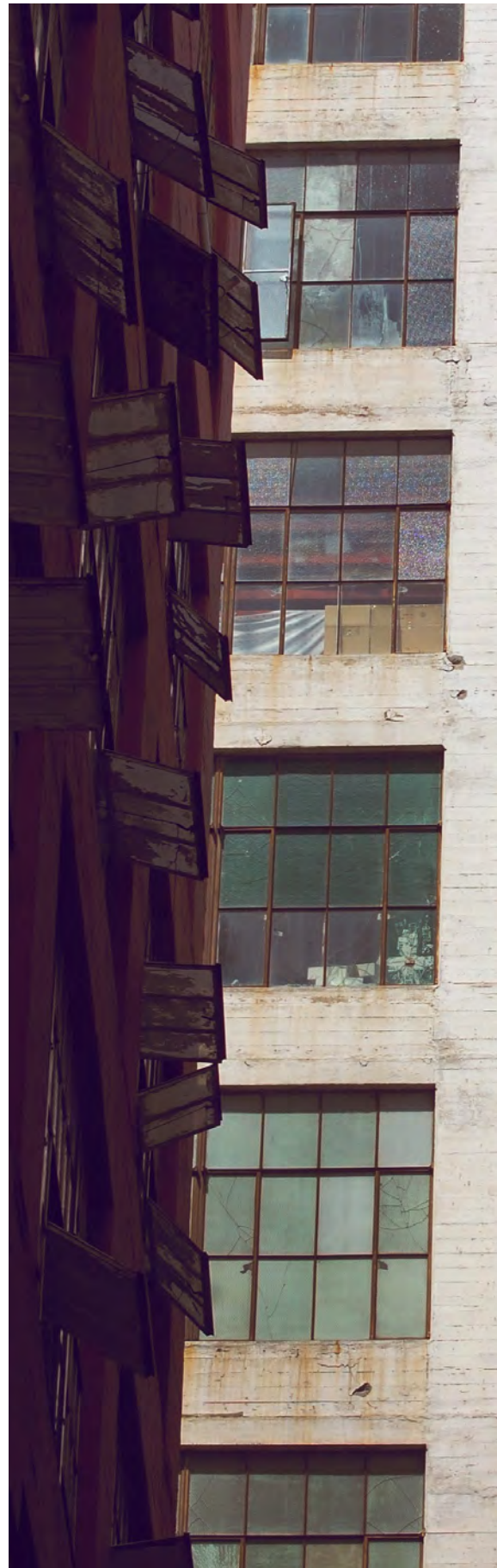
¹Maffesoli encuentra en la tradición cristiana una sentencia que podría resumir el imaginario moderno: No se conformen con el mundo presente (Romanos, 12,2 en Maffesoli, 2010b:135)

La sociedad bajo la empresa de la ética de convicción tendería a estructurarse alrededor de valores válidos dentro de pequeños grupos en donde rige la afinidad y la compartición de gustos y emociones.

El politeísmo de valores, el hecho que cada quien siga a un dios (sus propios valores) creando así pequeños círculos comunitarios, como lo observa Max Weber (1959:96), refractaría la sociedad en tribus. La tribu, es otra de las metáforas que emplea Maffesoli para describir una de las manifestaciones más notables de la posmodernidad: el ideal comunitario, la importancia de la relación al otro como algo fundamental, primario y en ese sentido arcaico. De allí también la expresión de regreso de la barbarie, de lo arcaico (Maffesoli, 2010b:101).

Para las tribus de la posmodernidad, como Maffesoli define a estos grupos, lo importante es ser, estar juntos, compartir gustos (musicales, culturales) preferencias (sexuales), ideas (religiosas, políticas), hábitos (culinarios, deportivos), sentimientos, ocupaciones, fantasías, etc. Es la revalorización de la solidaridad. La solidaridad, como consuelo emocional es tan importante para las tribus de la posmodernidad como lo fue para tribus antiguas que luchaban por la sobrevivencia. Es un consuelo emocional en el medio de una crisis general y desconfianza en valores que ya no garantizan la unidad de los lazos sociales. A través de las tribus de la posmodernidad se expresan fuerzas primitivas cuya forma de vida se podría resumir a un dejar vivir, dejar hacer, dejar ser (Maffesoli, 2008). La noción de tribus da cuenta de un espíritu casi ánima, un poco salvaje, que se abandona fácilmente a los instintos favoreciendo con ello el contacto con la naturaleza humana. A través del bárbaro, la vida se ensalva. Y por prueba la música tecno, la anomia sexual, el regreso a la naturaleza, el ecologismo ambiente, la exacerbación del cuerpo (piercings, tatuajes, etc.) del paladar, de los olores, en fin todo lo que pueda recordar al animal en el humano (2011b:95). Para Michel Maffesoli hay algo de arcaico en todas estas manifestaciones casi animales de la vida, un fondo primitivo, libre, que atrae como un imán y al cual se llega a través de los instintos. Es la correspondencia, un procedimiento de iniciación que comunica con los arquetipos, con el pasado de la historia humana, que corta con las proyecciones en el futuro. Es un regreso al origen que se opera de manera instintiva y significativa en cuanto que ello expresa un cierto rechazo a la racionalidad y el utilitarismo. Es de esta manera que se llega a valorar la vida y los otros a partir de "lo que es" y "lo que son" y no de lo que "debe-ser" y "deben-ser" y a percibir todo, a los hombres y la naturaleza, con generosidad y tolerancia.

El respeto y el interés no instrumentalizado de la naturaleza y la relación con «el otro» sería la marca o índice de la sacralización de las relaciones de los hombres con el mundo. Para Maffesoli la revalorización del mundo corresponde a la sacralización y la sacralización al reencanto del mundo. Si el reencanto del mundo presupone la sacralización de las relaciones sociales y el respeto de la naturaleza como lo profesaban las tribus de la pre modernidad, el desencanto del mundo presupone la devastación de la naturaleza y los espíritus. «La devastación, se da, en efecto, cuando se pretende presionar la naturaleza. Forzarla de una cierta manera. Siendo que ésta da lo mejor de si cuando se dejan las cosas advenir (sic)» (2010b:45). Para llegar a este punto, se tuvo que despreciar el mundo y los otros, un puro producto de la prescripción san agustiniana según la cual para construir la Ciudad de Dios hay que despreciarse uno mismo. Es cierto, el amor de Dios y el desprecio de Dios, deberá con el tiempo tomar el relevo con el humanismo que surge con la filosofía de las luces y luego las teorías de emancipación social del siglo XIX y la ideologización de la productividad de la marxización de las élites (Cf. Maffesoli, 2010b:93; 2011:24). Aunque el ideal sea el mismo: construir la ciudad imaginada por San Agustín en medio de la efervescencia religiosa: la ciudad perfecta. «La sociedad perfecta, por definición no puede existir, es utopía, tiene por función, en la episteme de la modernidad, de distraer la atención del





presente, de los hechos e imágenes de todos los días, de la vida de aquí y ahora, en provecho de un mas allá, abstracto y universal” (Maffesoli, 2010b:241). Tenemos que decir que es de esta particular actitud ante el mundo, de esta obsesiva orientación racional de las energías colectivas hacia la salvación espiritual y/o terrenal que se llega a la descalificación del mundo, el desencanto del mundo y el desastre. El desastre, el que todo mundo puede constatar a través del mundo, de Chernóbil a Fukushima y otros puntos cardinales, no son más efectos de heterotelia, un efecto perverso (Maffesoli, 2010b:44). Se trataba de construir la ciudad perfecta y se logró empedrar el camino al infierno. Aunque con posiciones epistemológicas opuestas a la de Raymond Boudon, Michel Maffesoli reconoce la utilidad heurística de la noción de efectos perversos para explicar este tipo de fenómenos: como efectos no intencionales de comportamientos intencionados (Boudon, 2010:31). El hecho es que frente a efectos como esos, no deseados, los espíritus se revelan frente a los estragos de la devastación espiritual y el saqueo de la naturaleza. Ya no queremos más de esta existencia instrumentalizada, sacrificada en el altar del trabajo y la productividad, dirían las tribus, queremos simplemente existir, disfrutar la vida, aquí y ahora, ya no queremos postergar para una mañana incierto la felicidad por la que nos sacrificamos aquí y ahora. Las tribus quieren vivir el presente, pues la emoción se vive en presente e intensamente porque el placer es efímero y de un instante. Pero ese instante es “eterno”, diría Maffesoli, porque tiene la virtud de ligar a los otros, porque procura a través de la emoción compartida el sentimiento de pertenencia. Finalmente la correspondencia con la naturaleza y los demás se da en el medio de una emoción que se podría definir como “sentimiento de pertenencia”. Es un sentimiento de un instante, de un presente que se enraíza en el pasado, que se engancha con los arquetipos. Los arquetipos son “arcaísmos” repensados en función del presente, de un presente vivido de manera específica pero que guarda la memoria de los orígenes (Maffesoli, 2011b:89). De allí la intensidad con la que se experimenta la correspondencia. Pero no sólo porque es profunda, sino porque también se extiende en el horizonte haciendo de la existencia una línea continua de instantes eternos (Maffesoli, 2011a:75). Esto es lo que Maffesoli define como presenteísmo. El presenteísmo sacraliza el momento, lo (re) encanta, como la religión lo hace con el rito y la vida cotidiana con la tradición y las costumbres. Pero la sacralización del presente se enraíza en la profundidad de la psicología de los hombres, toca los mitos, la memoria de los pueblos guardada en el inconsciente colectivo. Volvemos a la noción de los arquetipos. Los arquetipos se expresan misteriosamente a través de los objetos de este mundo, son objetos reconocibles por la manera como atraen y crean el lazo social entre los iniciados, entre los que se reúnen en torno a un polo de interés, para compartir y solidarizar dentro de un mismo espacio. En fin, esta es otra manera de describir la correspondencia de la que hablábamos hace un instante, el regreso de la barbarie y de la manera como el sentido de la vida se da un nuevo aire. El regreso de la barbarie, observa Maffesoli, no hace más que regenerar los cuerpos sociales cuando estos languidecen (Maffesoli, 2000:XIX). Es un regreso que se contrapone al progreso, el que conciben los progresistas como causa y efecto del bienestar social (Cf. Maffesoli, 2011b:94). Ese mismo bienestar social que como ideal inspira las teorías de emancipación social del siglo XIX y los ideólogos de la productividad del siglo XX, capitalistas y comunistas (Cf. Maffesoli, 2009:65) y se “saquea” a la naturaleza y se violenta en el trabajo a los hombres. El regreso a la barbarie no es sólo regresivo. Es más que eso: un signo de vitalidad porque, como tendremos la oportunidad de verlo más adelante, “vuelve a la vida lo que tiene tendencia a esclerosarse, aburguesarse, institucionalizarse” (Maffesoli, 2011:95).

DE LA MODERNIDAD A LA POSMODERNIDAD O DE UN CICLO AL OTRO DENTRO DE LA HISTORIA HUMANA.

“La vida es una sucesión de ciclos compuestos de nacimientos, de progresiones, de apogeos y de decadencias. Sería inútil recordar el vals de los “imperios” (Maffesoli, 2011a:74). Recordemos que el racionalismo es antes que todo un fenómeno que nace y se desarrolla en Europa y Occidente de manera general, y que es en “nuestras sociedades racionalizadas a ultranza, nos asegura Maffesoli, que el bárbaro regresa (2000:XI). En el lenguaje de Michel Maffesoli, el bárbaro es una figura emblemática a través de la cual da cuenta de la emergencia de una sociedad recentrada en el presente, vieviendo el sacrificio del presente y la espera de un futuro mejor. Todas estas manifestaciones expresan claramente la existencia de una crisis de valores. En todo caso de los valores centrados en la razón y la domesticación de la vida social y natural a través del trabajo y la obsesión por la productividad. La crisis es visible en todos los niveles de la vida, y es social, política, económica y hasta moral. La crisis es societal, está en nuestras cabezas. Para Michel Maffesoli, nada es más manifiesto que la crisis del racionalismo y la modernidad. En Occidente se vive el crepúsculo de la decadencia. Crisis del racionalismo porque es bajo la “dominación absoluta de la razón” que se ha saqueado la existencia social y natural. Y es precisamente a ese saqueo universal que “el bárbaro” responde. Para Maffesoli el racionalismo se define como una actitud ante el mundo y esa actitud es inminentemente utilitarista. De allí que se le relacione con la productividad y el desarrollo económico. Es la tesis de Max Weber. Maffesoli va también en ese sentido. En todo caso no dice lo contrario. Reconoce que bajo el racionalismo occidente ha experimentado el apogeo en prácticamente todos los campos de la vida. Pero, como ya lo hemos dicho más arriba, la “exacerbación del racionalismo”, la extensión de la racionalidad a todos los aspectos de la vida para expresarlo con las palabras de Weber, secreta efectos perversos y reacciones colectivas de oposición consciente o inconsciente. Reacciones colectivas de oposición, activa (activismo político tipo altermundismo) o pasiva (la correspondencia como experiencia mística) o aún de indiferencia (desinterés por la política, el porvenir profesional, etc.), porque bajo el imperativo del “deber ser” que secreta la civilización judeo cristiana, del debo trabajar, debo producir, debo ser así, no sólo se saquea la naturaleza, sino se tiraniza también el alma de un pueblo. Lo cuantitativo afecta en el sentido negativo lo cualitativo.



Son pues estas reacciones las que manifiestamente caracterizan la crisis del racionalismo y la modernidad, pero también el renacimiento de un nuevo ciclo: el de la posmodernidad. Tenemos pues que la modernidad concluye en una gran crisis que afecta el ser y el deber-ser, lo descriptivo y lo prescriptivo, el conocimiento y la moral. Desde que el deber-ser deja de ser la norma dominante, las nociones de individuo, subjetividad y finalidad, pierden su razón de ser. Ahora ya no se trata de debo ser o hacer porque esto tiene un sentido (finalidad) si no de ser y hacer esto otro porque me gusta que importa que no tenga finalidad o que, en otras palabras, este orientado hacia un objetivo. Este es el razonamiento del bárbaro de la posmodernidad. Aunque, para ser exactos, es un razonamiento que se enraíza en el inconsciente colectivo y que surge más del instinto que de la razón. Es una actitud colectiva que vitaliza la sociedad. Porque libera la energía que se canaliza a través del proyecto y de una vida orientada siempre hacia un fin. La libera en provecho de la correspondencia o de la alteridad con los otros y la naturaleza. La correspondencia es una experiencia de iniciación mística, casi religiosa. De hecho Maffesoli establece una relación de analogía entre la correspondencia y la religión, la religión de fe, agregaríamos nosotros. Como todos sabemos la religión de fe es un tipo de religiosidad que Max Weber caracteriza en su *Economía y Sociedad* como fuertemente emocional y como susceptible de debilitar el “carácter racional práctico» (Weber, 1995, II:341).

La correspondencia favorece pues el debilitamiento del utilitarismo en materia relacional. Pero como lo podremos ver enseguida, lejos de afectar el desarrollo

de las naciones, lo favorece, pero de una manera cualitativa, humana y no cuantitativa como el que se mide a través del puro crecimiento económico. La elección cada vez más frecuente por el trabajo intermitente, temporal, en los países más racionalistas, es sólo un índice entre otros tantos del surgimiento de una nueva actitud con respecto al trabajo. Es una manera de expresar una cierta oposición a la obligación utilitarista de trabajar por trabajar en el sentido que lo describe Weber a través de la noción de “beruf” – deber (Cf. Weber, 1967). Ahora ya no se trata de debo trabajar sino de que hay que trabajar (Maffesoli, 2008)².

A la diferencia del trascendentalismo cuyo ideal ha sido sucesivamente la ciudad de Dios y la sociedad perfecta, y su obsesión el trabajo como el mejor de los medios, el “presenteísmo” se detiene a contemplar el mundo, la belleza del mundo, la belleza de las cosas, tal cual. Se trata de una actitud favorable al desarrollo de una ética de la estética, es decir, de un comportamiento contrario al racionalismo de la economía y del tiempo. A la estética no le importa el tiempo ni los recursos, no cuantifica la inversión ni la ganancia. Su objeto de trabajo es el mundo pero como fuente de inspiración y no de transformación materialmente brutal. Lo onírico, lo imaginario son sus fuentes adicionales de inspiración, materia tan inmaterial como su objetivo: compartir emociones y pasiones (Maffesoli, 2008).

La ideología productiva, nos impide comprender que nos adentramos hacia una nueva inversión de polaridad, pues de alguna manera los valores dionisiacos han contaminado la mentalidad contemporánea. Y ello se puede ver a través de una manera de estar juntos en

donde lo onírico, lo lúdico, lo imaginario ocupan un lugar muy importante. Se trata en resumidas cuentas y como ya lo hemos dicho de una actitud contraria al racionalismo y de una manera más reciente a la ideología productivista derivada de la interpretación simplista de la teoría marxista de la oposición entre infraestructura y superestructura (Maffesoli, 2008:24,25). La economía, el trabajo y la productividad como nociones predominantes pierden cada vez más fuerza ante el resurgimiento de las manifestaciones superestructurales como diría Marx, véase la importancia de lo espiritual, lo cultural, lo inmaterial, lo invisible. Asistimos a una gran mutación de signo mundano entregado a Dionisio, constatable empíricamente a través de una serie de fenómenos como lo son el apego a la tierra³, la estética de la existencia⁴, la importancia de lo cualitativo⁵, la oposición y la denuncia del “saqueo productivista⁶”, la “revelación contra la devastación espiritual⁷” (Maffesoli, 2008:24,25). Tales manifestaciones no son más que signos cada vez más evidentes de arraigamiento al mundo, de aceptación del mundo en función de “lo que es” y no de “lo que debería ser”, de lo que el intelectual, el político, el experto piensa que debe ser (Maffesoli, 2011b:92). El regreso a las raíces o arraigamiento al mundo es un proceso dinámico porque moviliza las energías para vivir aquí y ahora, con imaginación y sin arrepentimiento. Se trata en suma de una actitud totalmente incompatible con el imperativo categórico productivista del “debo trabajar” y la moral (del bien, del ideal, de lo humano) a través de la cual las instituciones dominan el cuerpo social (Maffesoli, 2008:34).

² Maffesoli suscribe a la tesis de Weber en torno al origen de la percepción del trabajo como un deber (beruf) para poner luego énfasis en su tesis según el cual asistimos a un fenómeno de saturación de ese ideal. El “debo trabajar” marcaría durablemente la sociedad moderna mientras que el “hay que trabajar” sería el rasgo más sobresaliente de la posmodernidad en materia de actitud con respecto al trabajo.

³ La sensibilidad ecológica, por ejemplo.

⁴ Por estética de la existencia Maffesoli entiende la manera como el arte se capilariza a través de la existencia: percing, tatuaje, estética física, arte en objetos decorativos, arte en el espacio-habitación, etc.

⁵ Consumo de productos biogénicos, preocupación de tipo ecológico, etc.

⁶ El movimiento altermundista podría ilustrar este aspecto.

⁷ La preferencia cada vez más notable por los trabajos temporales o a horario parcial, expatriación de profesionistas en el marco de la solidaridad mundial, etc.



LA REVANCHA DE LOS VALORES DEL SUR O ENTRE LA PREMODERNIDAD Y LA MODERNIDAD.

La revancha de los valores del sur, es la expresión a través de la cual Maffesoli trata de explicar el vitalismo societal de los países emergentes. Que países como el Brasil, Corea, China, India y el sudeste asiático crezcan a un ritmo económico sostenido y a veces asombroso, es un indicador de ese vitalismo. Pero es sólo uno, porque, como ya lo hemos visto, el vitalismo societal, como la crisis, está la cabeza, está en el imaginario colectivo, ese imaginario que gobierna el mundo de manera subterránea, enigmática (Maffesoli, 2009:27, 28). Enigmática porque el imaginario se alimenta de mitos o arquetipos de elementos inobservable, invisibles. Es un proceso psíquico que recorre el cuerpo colectivo de manera subterránea y que aflora a través del símbolo, el mito y la imagen, del imaginario, para expresarlo de nuevo en una sola palabra. En la posmodernidad el imaginario colectivo pierde mucho de su verticalidad para extenderse de manera horizontal, que es el imaginario que podría caracterizar a la premodernidad. La horizontalidad de las relaciones se extiende sobre el eje de la solidaridad entre sus miembros, entre las tribus. En las sociedades marcadas por la tradición, como es el caso del Brasil, México, Corea y los países del sudeste asiático, las tribus pueden ser la familia, el clan, la parroquia, la congregación religiosa, el barrio, etc. Para Michel Maffesoli el protestantismo histórico ha llevado hasta sus últimas consecuencias el racionalismo y el desencanto del mundo. La prohibición de representarse a Dios, como sucede en la cultura semita y protestante convierte lo divino en un pensamiento abstracto (Cf. Maffesoli, 2010a:98), creando así condiciones cognoscitivas para que esto (lo divino) sea pensado en términos de significación y finalidad. De allí el origen según el cual la vida no tiene sentido si no se orienta hacia Dios y su demora, el paraíso perdido. La idea difusa de que la vida "tiene sentido" encierra esta significación. (Cf. Maffesoli, 2010:99). Despojada de objeto en la tierra, la proyección divina se tiene que hacer en lo abstracto privándose de esta manera de representación simbólica. El catolicismo, por su parte, a través de su panteón de divinidades le permite a sus fieles valorar más la vida desde un punto de vista integral, cualitativo y no sólo cuantitativo. A través de la devoción a las divinidades, el devoto entra en correspondencia con los demás que comparten la misma creencia creando lazos de cohesión social que se enraízan en el inconsciente colectivo, la centralidad subterránea por donde transitan los mitos, las leyendas, los arquetipos en una palabra. Se trata de una relación inconsciente y en ese sentido irracional y contrario al sentido práctico. Es muy probable que esta disposición de espíritu, como diría Weber, haya afectado el desarrollo económico de los países de cultura católica en el mundo y muy particularmente a los países de América. Este es el caso, igualmente de los países del sudeste asiático si vemos las cosas por el lado del apego que los caracteriza a la tradición. Pero todo esto sucede mientras que los países de cultura protestante de Europa y América se desarrollan de manera vertiginosa desde la revolución industrial. Mientras tanto el crecimiento cambia de latitud, se le localiza no sólo la producción sino también el crecimiento económico. La crisis

no es sólo económica, es moral, es total para repetir lo que Maffesoli señala con mucha insistencia. Expresiones como la de la “vieja Europa” que pronunciara George W. Bush en alusión a un supuesto agotamiento o la de “decadencia” que muchos políticos evocan en el medio de ardientes polémicas, expresan lo que Maffesoli define como saturación de los valores que ya no son capaces de asegurar la cohesión social y la vitalidad que requiere el cuerpo social para su desarrollo económico. Esto es en lo que respecta a los países que experimentan el racionalismo y el desencanto del mundo a ultranza. Pero ¿qué pasa con los países llamados emergentes? ¿De qué manera el vitalismo societal que experimentan afecta positivamente el desarrollo y el crecimiento económico y por qué tardíamente? Esta es la pregunta a la que trataremos de responder en una segunda etapa de este proyecto de investigación.

CONCLUSIÓN.

Al considerar la pasión como un resorte adicional del comportamiento humano, Maffesoli se posiciona conceptualmente en contra de la posibilidad de comprender el mundo como una pura instrumentación como lo propone James Colman con su teoría de la elección racional (rational choix theory) y la teoría racional general de Raymond Boudon y reconoce que además de pasión y sueños, la razón y el cálculo actúan como elementos activos en la estructuración de la sociedad, pero que en definitiva pesa más lo irracional que lo racional.

Michel Maffesoli no ignora el interés de aplomo que Max Weber le presta a la racionalidad en tanto que tipo de comportamiento. Pero, si nos permite interpretar su pensamiento, diría que el enfoque era el bueno en la justa medida que permite comprender el comportamiento de los hombres de su época, a la hora del “capitalismo heroico”, como diría Max Weber haciendo alusión a sus promotores, los puritanos. Al tomar nota de una época en la que el racionalismo⁸ juega un rol de primera importancia en la estructuración del deber-ser, Marx Weber, diríamos nosotros, debió apegarse al principio de la interpretación causal (Weber, 1995:38).

El problema es que desde el momento que la modernidad declina porque seguir pensando que los hombres actúan racionalmente cuando que la emoción y la tradición se hacen sentir de manera cada vez más clara a través de numerosos fenómenos, marcando de alguna manera el fin de una época –el de la modernidad- y el resurgimiento de otra que Maffesoli define como la posmodernidad. El individuo ya no es como en los tiempos de la modernidad que sólo lo movía la razón. “Se mueve también por los sentimientos, los afectos, los humores, todas las dimensiones no racionales de la mundanidad” (Maffesoli, 2011b:92).

Para Maffesoli la emoción es, en la época de la posmodernidad, lo que la razón para la modernidad, el pegamento del lazo social, lo que explica la agregación, la cohesión social. Es por eso que a la hora de la posmodernidad, preconiza una reorientación de la investigación que tome en cuenta el deseo de estar juntos, el ser colectivo y no el individuo racional y el imperativo del deber ser. Porque ya no es el deber-ser razonado y la instrumentación de la moral, la teoría y la ideología que puedan darle cohesión al cuerpo social. Eso de que la relación al “otro” se tenga que regular en función de tal teoría o ideología política, ya no funciona (Maffesoli, 2009:33). Para el autor los ingredientes de ese pegamento está en la emoción, el deseo, lo lúdico (Maffesoli, 2009:37). Pero advierte que no es porque el deber-ser sea racional y lo emocional no es que este no tenga sentido o lógica. Lo emocional no tiene sentido preciso (finalidad) y sin embargo tiene sentido, tiene una significación (Maffesoli, 2010a:44). Pensar racionalmente lo no racional significa reconocer la influencia de lo no lógico, la pasión, el imaginario en la “construcción social” de la realidad (Maffesoli, 2010b:173) con todo lo que ello significa en términos de método. De allí la noción de razón sensible (Maffesoli, 2010a:73; 2010b:176). Vemos pues al final como M. Maffesoli acerca lo «affektuel» de la racionalidad.

⁸ Es importante aclarar que cuando nos referimos a la racionalidad nos referimos a la racionalidad instrumental o teleológica y no a la racionalidad con apego afines, la racionalidad axiológica.

Bibliografia.

- Boudon, Raymond (2010) *La sociologie comme science*, Editions La découverte, Paris.
- Maffesoli, Michel (2011a) *La crise est dans nos têtes*, Editions Jacob-Duvernet, Paris.
- Maffesoli, Michel (2011b) *La passion de l'ordinaire. Miettes sociologiques*, Paris, CNRS editions.
- Maffesoli, Michel. *Le temps revient. Formes élémentaires de la postmodernité*. Paris : Editions DDB, 2010a.
- Maffesoli, Michel. *La République des bons sentiments et autres écrits de combat*. Paris : Editions Embrasure, 2010b.
- Maffesoli, Michel. *Essais sur la violence, banale et fondatrice*. Paris : CNRS Editions, tercera 2009a.
- Maffesoli, Michel. *Le réenchantement du monde*. Paris, Perrin, 2009c
- Maffesoli, Michel. *Apocalypse*. Paris : Editions CNRS, 2008.
- Maffesoli, Michel. *Le temps des tribus. Le déclin de l'individualisme dans les sociétés postmodernes*. Paris : La table ronde, 3ème édition. 2000.
- Weber, Max. *Le savant et le politique*. Paris : Editions Plon, 1959
- Weber, Max. *L'Ehtique protestante et l'esprit du capitalisme*. Paris : Ed. Plon, 2a. Edición, 1967.
- Weber, Max. *Economie et Société, I*. Paris : Editions Plon, 1995.
- Weber, Max. *Economie et Société, II*. Paris : Editions Plon, 1995.
- Weber, Max. *Introduction. Sociologie des religions*. Paris : Editions Gallimard. Bibliothèque des sciences humaines, 1996.